

Los días que Eusebio vivió peligrosamente en Inglaterra: un viaje al imperio de las pasiones

RICARDO RODRIGO MANCHO

Universitat de València

RESUMEN: *La novela Eusebio (1786-88) de Montengón supuso una auténtica novedad en el panorama literario español, ya que el protagonista es educado en las directrices filosóficas del estoicismo y la filosofía de Epicteto y Séneca. El viaje desde Filadelfia a Europa se justifica con el pretexto de que Eusebio compruebe por sí mismo la validez y la excelencia de las enseñanzas teóricas puestas a prueba con la vivencia directa de la realidad.*

La estancia de Eusebio y su maestro Hardyl en Inglaterra abre la perspectiva narrativa a un amplio abanico de temas y de aspectos diversos de la vida humana. El robo de que son objeto él y su preceptor, la asistencia a una representación de Hamlet, los intentos de seducción por parte de bellas mujeres, el duelo en que participa un español ofendido y otros altercados novelescos pretenden ilustrar acerca del crecimiento educativo que está experimentando Eusebio, en el que una de las pruebas más dificultosas será la de superar los embelecados seductores de bellas mujeres. El huracán de los sentidos se desata con la presencia de Susana, pero el bombardeo doctrinario de Hardyl consigue el retorno a la sobriedad de las costumbres. La experiencia personal a la hora de contener los impulsos lujuriosos le servirá a Eusebio para convertirse en educador de un joven y alocado libertino, lord Hams..., que felizmente es conducido al establishment matrimonial. La patria de Richardson y de los famosos libertinos novelescos ha sido el espacio idóneo para crecer en experiencias y en conocimientos, para iniciar el maduro tránsito hacia la sabiduría.

PALABRAS CLAVE: *Eusebio. Montengón. Inglaterra. Seducción. Novela.*

Quan surts per fer el viatge cap a Ítaca,
has de pregar que el camí sigui llarg,
ple d'aventures, ple de coneixences.

Konstandinos Kavafis (traducción de Carles Riba)

La novela *Eusebio*, de Pedro Montengón, publicada por primera vez en los años 1786-1788, supuso una auténtica novedad en el panorama de la novela española del siglo XVIII. El exilio forzoso del autor en Italia, la consiguiente secularización, las distintas ediciones de la novela, los tratos comerciales con el librero Antonio Sancha y la denuncia a la Inquisición (1790) son episodios de sobra conocidos entre los especialistas¹. La conmoción que provocó la novela no se debió a ninguna declaración que atentara contra la Iglesia, sino a la idea

¹ Los eruditos del XVIII y del XIX se ocuparon —con desigual fortuna— del autor, la obra literaria y la suerte de la novela: SEMPERE Y GUARINOS, *Ensayo de una biblioteca española de los mejores escritores del reinado de Carlos III*, Madrid, 1787, IV; FUSTER Y TARONCHER, *Biblioteca Valenciana*, Valencia, 1830; Gumersindo Laverde, «Apuntes acerca de la vida y poesías de don Pedro Montengón», en *Ensayos críticos sobre filosofía, literatura e instrucción pública españolas*, Lugo, 1868, págs. 107-142; RICO GARCÍA y MONTERO PÉREZ, *Ensayo biográfico bibliográfico de escritores de Alicante y su Provincia*, 2 vols., Alicante, 1888 y 1889. En el siglo XX despierta interés la polémica inquisitorial, la doble redacción de la novela y el exilio en Italia: GONZÁLEZ PALENCIA, «Pedro Montengón y su novela *El Eusebio*», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, III (1926), págs. 343-365; ISAAC, *Les vicissitudes, de 1786 à 1851, d'un roman Rousseauiste en Espagne: «Eusebio» de Pedro Montengón*, tesis doctoral, Universidad de Burdeos, III, 1978. Fundamental fue el avance producido por los trabajos de Maurizio FABBRI, *Un aspetto dell'Illuminismo spagnolo. L'opera letteraria di Pedro Montengón*, Pisa, Goliardica, 1972, y Guillermo CARNERO en el estudio introductorio a las *Obras* de Pedro Montengón, I, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1990. En los últimos años el trabajo editor de Fernando GARCÍA LARA (Madrid, Editora Nacional, 1984, y Madrid, Cátedra, 1998) y los trabajos de conjunto de Guillermo Carnero y Joaquín Álvarez Barrientos han propiciado la investigación en originales parcelas: se han estudiado los modelos narrativos, los reflejos de la tradición española, el componente utópico, la novedad filosófica, las influencias literarias y el tratamiento innovador de distintas cuestiones. Vid. Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, *La novela del siglo XVIII*, Madrid, Júcar, 1991; Guillermo CARNERO, «La novela española del siglo XVIII: estado de la cuestión», monográfico *ALEUA*, 11 (1995); Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, Guillermo CARNERO y Manuel PÉREZ LÓPEZ, «La narrativa del siglo XVIII», en Guillermo CARNERO (coord.), *Siglo XVIII*, Madrid, Espasa-Calpe, 1995, 2 vols. (tomos 6 y 7 de la *Historia de la literatura española*, dirigida por V. García de la Concha), II, págs. 897-993; Joaquín ÁLVAREZ BARRIENTOS, «Novela», en AGUILAR PIÑAL (coord.), *Historia literaria de España en el siglo XVIII*, Madrid, Trotta - CSIC, 1996, págs. 235-283.

de que el hombre ilustrado podía gobernarse por una nueva moral basada en la rectitud de la razón universal y que podía prescindir de las creencias religiosas o sobrenaturales. La naturaleza narrativa de la acción y la solidez del discurso filosófico, en el que son patentes las deudas con Fénelon, Rousseau, Locke, Raynal y Voltaire, suscitaron la polémica y acrecentaron el interés o el aprecio del libro por los lectores².

Para dar voz a la moral derivada de la razón, la novela describe pormenorizadamente todas las peripecias educativas de Eusebio, un niño español de seis años que se salva de un naufragio y alcanza milagrosamente las costas de Filadelfia. Casualmente, un matrimonio de cuáqueros sin descendencia se apiada de él y lo adopta. Como deducen que ha sido educado en la religión católica, Enrique Miden y su esposa resuelven dejarlo en sus creencias, aunque lo habitúan al traje y a las costumbres de los cuáqueros. Cuando Eusebio crece, le ponen por maestro a un extranjero residente en Filadelfia, que ha tomado el supuesto nombre de Hardyl. A través de sus reflexiones morales, el muchacho es educado en las directrices filosóficas del estoicismo y la filosofía de Epicteto y Séneca³, y aunque en la mayor parte del ciclo didáctico⁴ el eje fundamental no esté orientado por los principios de la religión católica, más adelante, concluido todo el proceso formativo, Hardyl manifiesta, ya a punto de morir, que es español, tío suyo y que desea recibir el viático. Declara que de joven tuvo dudas sobre la fe, se dejó deslumbrar por las máximas de la filosofía profana y marchó a Pensilvania para encontrar un asilo seguro para la libertad de conciencia. Pero ahora, con un pie ya cercano a la eternidad, confía en la gracia de los sacramentos y en la misericordia del Criador.

² Cabe tener presente que tanto John Locke, en su *Some Thoughts concerning Education* (1693), como Rousseau, con *Émile, ou de l'éducation* (1762), ya habían tratado de difundir los valores de la racionalidad y el laicismo en los procesos educativos.

³ Emilio Alarcos (1940-1941) señaló el senequismo de Montengón y examinó el fragmento relacionado con Hamlet: «Dos notas a Montengón», en *Ensayos y estudios literarios*, Madrid, Júcar, 1976, págs. 23-36. El citado trabajo reproduce dos artículos publicados previamente en *Castilla*, I (1940-1941): «El senequismo de Montengón» y «Montengón, el Hamlet y nuestra literatura del Siglo de Oro». Posteriormente Pedro Santonja publicó el trabajo «La presència de la naturalesa i la influència de la doctrina estoica en l'*Eusebio* de Pedro Montengón», *Afers*, IV (1989), págs. 441-465.

⁴ Esta *Bildungsroman* sigue al pie de la letra el consejo de Séneca acerca de la metodología educativa. Las sutilezas dialécticas —afirmará en la epístola 45— son inútiles en los procesos formativos, mientras que el lenguaje íntimo es más eficaz: «El tono conversacional aprovecha en gran manera, ya que suavemente penetra en el alma; las discusiones preparadas, que se desarrollan con amplitud ante un auditorio público, tienen mayor repercusión, pero menor intimidad. La filosofía es el buen aconsejar, y el consejo nadie lo da en tono vibrante. En ocasiones hay que hacer uso también de esa especie, llamémosla así, de arengas por las que el oyente que vacila debe ser estimulado. Mas cuando hay que conseguir, no que se decida a aprender, sino que aprenda, hay que recurrir a este lenguaje nuestro más sencillo. Penetra y arraiga con más facilidad, ya que no precia de palabras copiosas, sino eficaces» (SÉNECA, *Epístolas morales a Lucilio*, trad. y notas de Ismael Roca Meliá, 2 vols., Madrid, Gredos, 1999, I, págs. 247-248).

El arranque de la sabiduría, en los años de la primera educación de Eusebio, sigue una pauta perfectamente expresada por Séneca en las *Epístolas morales a Lucilio*: «Ama la razón; su amor te equipará contra las situaciones más penosas»⁵; la razón es lo específico en el hombre, y cuando es recta y cabal, sacia su felicidad. Al sabio le corresponde adecuar su comportamiento a las circunstancias de la vida; lo demás no es en rigor ni bueno ni malo. Por mediación de esta vía se llega a una forma extrema de autarquía o independencia del hombre, expresada en el famoso *sustine et abstine*, soporta y renuncia, y en la estimación de la ataraxia o serenidad sobre todas las cosas. La sabiduría que se deriva del ejercicio de la razón está orientada principalmente a la acción, de ahí que la filosofía sea un arte encaminado a regir la vida y a alcanzar la felicidad.

Puesto que esta razón perfecta se llama virtud y coincide con la honestidad, Hardyl le enseña el oficio de cesterero y hace de su discípulo un muchacho humilde y austero, sano y fuerte, ajustado a la naturaleza, al mismo tiempo que virtuoso y sociable. Siguiendo sus consejos, el joven Eusebio aprende a gobernarse por la razón antes que por las pasiones y a soportar con serenidad los golpes de la fortuna y la miseria. Ya en edad casi adulta, Eusebio se halla prometido a Leocadia, pero debe marchar a Europa acompañado por Hardyl para completar así el ciclo pedagógico con las vivencias directas de la realidad. La prueba más dura, la muerte del maestro y el consiguiente retorno a Filadelfia, demostrará que Eusebio se ha convertido en un adulto que ya está sobradamente preparado para llevar a la práctica todo el esforzado ideal de la virtud, llegando incluso a hablar y a razonar como Hardyl.

El viaje a Europa se justifica con el pretexto de que Eusebio conozca a los parientes de Sevilla y reclame la herencia de sus padres, pero el verdadero propósito de su maestro es ponerlo en contacto con la vida real y cotidiana de la Europa contemporánea, para que compruebe por sí mismo el provecho o ineficacia de la formación que ha recibido y se convenza de la importancia que tiene para el hombre el conciliar la conducta con la virtud, descartando el acomodo o la fragilidad. Al contrastar los principios morales con la dura realidad civil, el discípulo podrá confirmar la validez y la excelencia de las enseñanzas teóricas, ya que, como dice Séneca, la grandeza de la virtud aparece en el momento de la prueba. Tras sufrir los insultos («¡Cuáqueros! ¡Cuáqueros!»)⁶ y las vejaciones de unos borrachos en un bodegón londinense de mala muerte, Hardyl le recuerda a Eusebio que justamente ahí, en medio de la miseria moral, es donde pueden aprenderse más lecciones que en la escuela de Sócrates. Acto seguido Hardyl

⁵ *Ibidem*, I, pág. 434.

⁶ Pedro MONTENGÓN, *Eusebio*, ed. de Fernando García Lara, 1998, pág. 362.

ratifica la idea de que la sabiduría debe materializarse en las circunstancias adversas: «Allí [se refiere a la escuela de Sócrates] pudiéramos oír, no hay duda, excelentes consejos de moral; pero aquí los practicamos y tocamos con las manos al hombre»⁷.

En efecto, todas las circunstancias del viaje sirven de útil academia, especialmente cuando se cursan con provecho, pues, como afirma el narrador, «no hay mejor escuela que el mundo mismo para quien lo estudia»⁸. Tras sufrir todo el cúmulo de accidentes en Inglaterra y haber comprobado en propia piel la inestabilidad de los ajetreos humanos, Eusebio se suma a las teorías de su tutor. Ahora ya comprende la diferencia que hay entre la persuasión que nace de la teoría educativa y la eficacia que se deriva de la experiencia⁹.

Las primeras etapas del viaje por Europa le proporcionan a Eusebio un fecundo conocimiento sobre la historia de Inglaterra, el espíritu de las leyes y los progresos de las ciencias. Igualmente, la estancia en Londres le da a conocer las novedades de la industria, las máquinas y los ingenios que están lanzando el progreso económico y comercial. Eusebio toma nota de todo aquello que abre nuevos caminos en la «industria, en la agricultura, en la hidrostática, en la metalurgia, en la náutica y en todas las demás artes menudas de mero gusto y capricho»¹⁰. La vista de las arboledas y los sembrados mueve la conversación sobre los adelantos de la agricultura en Inglaterra, atribuyéndolos tanto a las luces y al patriotismo de algunos ministros como a las ayudas concedidas a los labradores y al ejercicio difusor de las academias y sociedades económicas. La actitud indagadora del joven también justificará la defensa de valores esenciales para el adelanto de las naciones, como el relativismo de las costumbres y de las convicciones religiosas, y la práctica de la tolerancia y el cosmopolitismo.

Pero, además, la estancia en Inglaterra abre la perspectiva a un amplio abanico de temas y de aspectos diversos de la vida humana. El robo de que

⁷ *Ibidem*, págs. 463-464. Con respecto al problema que debate la novela, la opinión de Hardyl coincide con aquella de Séneca en que explica que el camino de la enseñanza es más eficaz al enfrentarse y vencer las dificultades: «No puede aportar gran entusiasmo a la competición el atleta que nunca ha sido magullado; aquel que contempló su propia sangre, cuyos dientes crujieron en el pugilato, aquel que zancadilleado, soportó todo el peso del adversario y, derribado, no abatió su ánimo, quien en todas sus caídas se levantó más porfiado, ese tal descende a la liza con más confianza» (SÉNECA, *Epístolas*, I, pág. 143). E incluso añade que la pobreza y la austeridad son necesarias para la sabiduría.

⁸ MONTENGÓN, *Eusebio*, pág. 498.

⁹ Tras el paso por la cárcel Eusebio asume las doctrinas de Hardyl: «Tantas veces os oí decir que el hombre debe estar prevenido para todos los funestos accidentes que le pueden sobrevivir, que me parece que no habría ninguno, por adverso que fuese, que me pudiese sorprender inesperadamente. Pero el caso de nuestra prisión me hizo ver la diferencia que hay de la persuasión mental a la de hecho. Porque, ¿cómo podría imaginarme yo que me pudieran prender por ladrón, y hacerme pasar por tan grande ignominia?» (*ibidem*, pág. 439).

¹⁰ *Ibidem*, pág. 495.

son objeto su preceptor y él, la asistencia a una representación de *Hamlet*, los intentos de seducción por parte de bellas mujeres, el duelo en que participa un español ofendido y otros altercados novelescos no sólo pretenden ilustrar acerca del crecimiento educativo que está experimentando Eusebio, sino también analizar la situación española y propagar las convicciones literarias de Montengón. En Inglaterra Eusebio tiene la oportunidad de hablar de teatro, de moral, de honor y de duelos, de prostitución y de apuestas; conoce a gentes de toda calaña, desde asesinos y ladrones a individuos honestos y caritativos. La vida plural y compleja que late en la novela permite pulsar distintas opiniones y, al mismo tiempo, verbalizar las reflexiones de maestro y discípulo sobre distintos aspectos de la cotidianidad; por ejemplo, la hospitalidad de John Bridge al alojar en su casa a los cuáqueros se ve empobrecida por la exagerada afición al juego de naipes, inclinación que Hardyl trata de erradicar¹¹.

Ya en Londres, Eusebio se enzarza en una polémica teatral similar a la que mantienen los ilustrados españoles de la segunda mitad del siglo XVIII. La mujer de John Bridge es la encargada de llevarlos una noche al teatro y, ya de camino, «mostrándose más instruida que el marido», les da a conocer su pasión por los poetas ingleses, especialmente por el «divino Shakespeare»¹². Eusebio no considera prudente emitir su sincera opinión, pero las circunstancias le obligan a mostrar sin ambages el nulo aprecio que le merece la trama, así como un dictamen desdeñoso y repleto de censuras. Finalmente recuerda una de las máximas que Hardyl le había enseñado: no entrar en disputa encendida sobre cosas opinables, ya que, en tales situaciones, la vanidad impide el diálogo y amarga los corazones¹³. No obstante, a la noche siguiente asisten a una repre-

¹¹ Las razones del maestro insisten en la idea de menoscabo moral y económico que acarrearán el juego y las apuestas: si la fortuna acompaña a los naipes, el resultado es negativo porque lo que mal se gana, pronto se disipa, y si se inicia una dinámica de fracasos, no es extraño que por querer desquitarse de una mala jugada se pierda la renta de varios años.

¹² MONTENGÓN, *Eusebio*, pág. 486. La primera versión española es el *Hamleto* (1772) de Ramón de la Cruz, sobre una traducción del francés Ducis. Más adelante, en 1798, aparecería la traducción de Leandro Fernández de Moratín. Vid. Juan Carlos RODRÍGUEZ, *Moratín o el Arte Nuevo de hacer Teatro*, con la edición facsimilar de la *Vida de Guillermo Shakespeare* y la traducción de *Hamlet* de Leandro Fernández de Moratín, Granada, Caja General de Ahorros y Monte de Piedad de Granada, 1991.

¹³ La conducta de Hardyl, una vez más, sigue el ideario de Epicteto y Séneca: la arrogancia en público siempre es perjudicial, especialmente en los juicios acalorados en los que el filósofo se pone a la altura del vulgo. Epicteto pondera el silencio por encima de la charlatanería filosófica: «Si hallándote entre profanos recayese la conversación sobre algún principio filosófico, cállate la mayor parte del tiempo, pues hay peligro que vomites en seguida lo que no digeriste. Y cuando te diga alguien que no sabes nada y tú no te molestes, entonces ten por cierto que estás empezando la tarea [de ser filósofo]. Puesto que no es arrojando ante los pastores la hierba como les demuestran las ovejas cuánto comieron, sino que una vez digerido el pasto en su interior producen lana y leche. Tampoco tú, por consiguiente, expongas los principios filosóficos ante el vulgo ignaro, sino las obras que se siguen de haberlos digerido» (EPICTETO, *Enquiridión*, estudio introductorio, trad. y notas de José Manuel García de la Mora, Barcelona, Anthropos, 1991, págs. 97-99). Por otra parte, Séneca

sentación de ópera italiana y el juicio inevitablemente neoclásico vuelve a exteriorizarse. Mucho más severas son las palabras de Hardyl cuando recomienda que los gastos disipados por los lores ingleses en cortejar las actrices italianas deberían encauzarse para «hacer obras útiles a su patria y eternizar sus nombres en puentes, en caminos y en otros monumentos dignos de una permanente y gloriosa complacencia»¹⁴; porque, para él, las óperas corrompen las costumbres, la decencia y el decoro público, y carecen de la utilidad moral de las tragedias o de las comedias.

Un día de su estancia en Londres, John Bridge los acompaña al café de San James, donde tienen la oportunidad de presenciar una accidentada disputa¹⁵. Un español que andaba por allí (y que más tarde se supo que era gentilhomme del embajador de España), irritado al oír los comentarios sobre su patria, provoca un duelo del que saldrá muy mal parado. Ocasión que Hardyl aprovecha para reflexionar sobre lo insulsas y peligrosas que son las conversaciones de la gente ociosa y sabelotodo; mucho más prudente es la cautela y la circunspección a la hora de hablar, y principalmente de hablar mal. Los duelos le parecen una costumbre anacrónica y una irreflexiva osadía a la hora de defender el honor de una nación, ya que ambos contendientes perdieron la vida debido a la ferocidad de sus acometidas. Hardyl no considera que los anime el valor, sino la vanidad, a la que se da el pomposo título de honor: para él, la verdadera fortaleza del alma es aquella que sabe sobreponerse a las palabras necias, a las injurias nacidas de la desvergüenza, a la arrogancia y a la ambición.

le explica a Lucilio que «la filosofía no es una actividad agradable al público, ni se presta a la ostentación. No se funda en las palabras, sino en las obras» (SÉNECA, *Epístolas*, I, pág. 160).

¹⁴ MONTENGÓN, *Eusebio*, pág. 492. La rigidez de Hardyl parece derivarse del capítulo XXXIII del *Enquiridión* o *Manual*, donde se recogen una serie de consejos para conducirse sabiamente en los espectáculos y los teatros: «No es necesario frecuentar los espectáculos. Pero si alguna vez hay ocasión, por nadie muestres preocuparte sino por ti mismo, esto es, quiere que suceda solo lo que sucede y que venza sólo el vencedor; porque así no tendrás tropiezo. Del gritar y del burlarte de alguien y del conmoverte mucho abstente por completo. Y una vez te hayas alejado no converses largamente sobre las cosas sucedidas, a no ser que conduzcan a tu enderezamiento; pues de tal proceder resulta evidente que te encalabraste admirando el espectáculo» (EPICTETO, *Enquiridión*, págs. 77-79). Esta sobriedad de Epicteto se conjuga con su concepción de la vida como un gran teatro: «Acuérdate de que eres actor de un drama que habrá de ser cual el autor lo quiera: breve si lo quiere breve, largo, si lo quiere largo. Si quiere que representes a un mendigo, procura representarlo también con naturalidad; y lo mismo si un cojo, si un magistrado, si un simple particular. Lo tuyo, pues, es esto: representar bien el personaje que se te ha asignado, pero elegirlo le corresponde a otro» (pág. 37). Séneca orienta la reflexión hacia la entereza necesaria para la muerte: «Como una obra teatral, así es la vida: importa no el tiempo, sino el acierto con que se ha representado. No atañe a la cuestión el lugar en que termines. Termina donde te plazca, tan sólo prepara un buen final» (SÉNECA, *Epístolas*, I, pág. 465).

¹⁵ Vid. Piero MENARINI, «Tre contemporanei e il duello: Jovellanos, Iriarte, Montengón», *Spicilegio Moderno*, 2 (1973), págs. 53-79.

Uno de los principios que articula el viaje por Inglaterra es el de la injusta adversidad que persigue la suerte de los cuáqueros, lo que se traduce en una machacona reflexión sobre la virtud, la fortaleza y la constancia frente a los cambios de fortuna, la riqueza y la pobreza, el desprecio de la opinión, el dominio de los deseos y las pasiones, y la felicidad que proporciona la vida moderada y ajustada a la razón. Después de desembarcar en Portsmouth se multiplican las peripecias del viaje: Hardyl y Eusebio compran coche y caballos para marchar hacia Londres, pero muy pronto los cocheros escapan con la berlina y el equipaje. Aunque se quedan sin coche, sin criados y sin dinero, la lectura de las epístolas de Séneca conforta su ánimo en las infelices situaciones a que son empujados por la desventura. Una vez reducidos a extrema pobreza, en Londres, se ven en la necesidad de ejercer el oficio de cesteros en una plaza pública; pero no acaba aquí su infortunio, pues un tunante los acusa de ladrones, y la policía los conduce maniatados, en medio de una muchedumbre de curiosos que vocifera y los insulta, a la prisión de Newgate. A este particular vía crucis dieciochesco todavía le falta el encerramiento en la mazmorra, en medio de miserables truhanes que disfrutan humillándolos con sus desvergonzadas caricias. Eusebio conforta su ánimo y alivia las humillaciones de la injusta prisión con la lectura de las *Epístolas a Lucilio*¹⁶.

La cárcel se transforma en un espacio privilegiado para que Eusebio vigore el pensamiento estoico, ya que su alma está entregada a la filosofía, tal y como aconseja el moralista latino. Probablemente aplica sus luces para prepararse ante la adversa fortuna y proclamar las ventajas de la tranquilidad de espíritu, el retiro reflexivo, el menosprecio de los bienes, la limitación de los deseos y la libertad. Gracias al fructífero retiro, el joven virtuoso adquiere la modesta entereza, la superioridad moral y la soberanía de sentimientos que se evidencian en el interrogatorio con el juez de paz. Para mayor certidumbre, el juez

¹⁶ «Allí [se refiere a la lectura de las epístolas de Séneca] recibía fuerte influencia de la severa doctrina estoica que daba vigor a sus sentimientos, regalándolos al mismo tiempo con una dulce y suave ternura, de modo que la ignominia y el horror de la cárcel mudaban de aspecto a sus ojos, infundiéndole la mansedumbre y la constancia, que arrojaban insensiblemente de su pecho la tristeza y el abatimiento, disponiendo su corazón para todos los funestos accidentes que le pidieran acontecer en tal estado» (MONTENGÓN, *Eusebio*, pág. 396). Las *Epístolas a Lucilio* se apoyan a menudo en sucesos de la vida cotidiana y no sólo tratan de dar lecciones de ética, sino que establecen un lazo indisoluble entre la amistad y la sabiduría: «[...] vive tú de tal manera que no te confíes a ti nada que no puedas confiar incluso a tu enemigo; pero ya que sobreviven ciertas situaciones que por costumbre se mantienen en secreto, comparte con tu amigo todas tus cuitas, todos tus pensamientos». Incluso puede darse la conversación entre los amigos ausentes: «Al amigo se le ha de poseer dentro del alma, y aquí él nunca está ausente: a todo el que ella ama lo contempla cada día. Así pues, entrégate al estudio conmigo, cena conmigo, pasea conmigo. Viviríamos en una mansión estrecha, si algún obstáculo se hallase interpuesto a nuestros pensamientos. Te contemplo, querido Lucilio; ahora en particular te escucho; estoy en tu compañía de tal suerte que dudo si voy a escribirte billetes en lugar de cartas» (SÉNECA, *Epístolas*, I, págs. 101 y 316).

manda que lo registren y el alguacil no le encuentra otra cosa que las epístolas del filósofo romano, ante lo cual, el magistrado afirma dentro de sí: «Hombre que lleva a Séneca encima no es posible que sea ladrón»¹⁷, que es tanto como decir que el hombre cuya serenidad sea fruto de la sabiduría difícilmente puede engañar. Por si todo esto no fuera suficiente, la confesión del delincuente Blund y la fianza de John Bridge les abren la puerta de la libertad.

En las horas desgraciadas en que Eusebio se halla pobre y perseguido las turbias aguas del deseo están asociadas a narraciones de disolutos libertinos que han corrompido el corazón humano, como el caso del viejo Guillermo Bridway, que es el primero en ofrecer su casa londinense a los cuáqueros y en referirle la historia de su hija Elena, víctima del espeluznante sadismo del coronel Kirke¹⁸. La sucesión de perversidades es analizada por Hardyl para que su discípulo compruebe «qué horrores, qué maldades son capaces de cometer los hombres, especialmente animados del fanatismo de la religión»¹⁹. Esta narración de sir Bridway constituye una novelita intercalada, procedimiento ampliamente utilizado en la literatura europea y también en el *Guzmán de Alfarache* o la primera parte del *Quijote*. El narrador cede su voz a un personaje para advertir a Eusebio de los peligros que conlleva la ceguera del deseo amoroso. Los episodios intercalados actúan, en realidad, como signos de indicio de dificultades a las que pronto tendrá que enfrentarse el protagonista: lo que en principio sólo es narración de deseos y turbios arrebatos ajenos, poco a poco acabará envolviendo al protagonista y atrapando su inexperto corazón.

Más adelante, el narrador detalla la historia de Felipe Blund, el joven empleado en una tienda de Spittle Fields que traiciona a los cuáqueros y los acusa de haberle robado cien libras esterlinas. En su primera edad los padres le inculcan la honradez, la fidelidad y el progreso en los estudios, pero, cegado con la idea del enriquecimiento, deja la ciudad de Bristol y pasa a trabajar en un comercio de Londres. Enamorado de quien no debía, poco a poco va olvidando

¹⁷ *Ibidem*, pág. 398.

¹⁸ Verdadero anticipo de algunas criaturas demoniacas del Divino Marqués, según Maurizio FABBRI, *Un aspetto dell'Illuminismo spagnolo*.

¹⁹ *Eusebio*, pág. 359. La historia gira en torno a los tres años del reinado de Jacobo II de Inglaterra (1685-1688), periodo caracterizado por el despotismo, la tensión religiosa y la rebelión de Pitchfork. Irritado el rey Jacobo II de Inglaterra contra los que habían seguido el bando rebelde, manda al feroz Kirke que los persiga cruelmente. Entre los capturados se encuentra el joven Guillermo Bridway, que un día se sintió fascinado por la pompa y el festejo del bando vencido. La joven Elena, consciente de la sentencia de muerte que pesa sobre su hermano, se humilla ante Kirke suplicándole el perdón; Kirke concibe en su pecho deseos de gozarla, pero como ella no los consiente, piensa en una estrategia para violarla. Tras simular una escena de matrimonio religioso y saciar todos los caprichos de la lujuria, el infernal coronel se complace en mostrarle a Guillermo colgado de la horca. La desdichada Elena, con el juicio perdido y enloquecida de dolor, se quitará la vida tirándose en las aguas turbulentas de un río.

sus buenos sentimientos, «dando al mismo tiempo entrada en su corazón, como sucede, a todos los vicios que acompañan a un amor ilícito y desordenado»²⁰. Para satisfacer las atenciones con que le envenena la mujer amada, al insensato Blund no le basta con el dinero de su empleo, y, por ello, se ve en la necesidad de robar a su amo y de achacar el robo a los cuáqueros. Ahora sí, Eusebio ha conocido de manera próxima y palmaria los prejuicios del amor infame, que inclina los corazones más honrados al delito.

Inmerso en las desventuras de la «pérfida Albión», Eusebio todavía no ha sido deslumbrado por el ardiente amor de las mujeres licenciosas. Su conducta es, a veces, desconcertante, pero su corazón sigue pendiente de Leocadia, su prometida, a quien le escribe una extraña carta calificándose de «inflamado amante»²¹. En la señorial casa de John Bridge se sonroja con facilidad y se comporta, en principio, como un adolescente encogido y atenazado por el pudor juvenil, como se evidencia en el fastidio a la hora de cambiar sus ropas en presencia del respetable caballero; en otra ocasión, a la hora de presentarse ante la señora de la casa, se muere de vergüenza debido a los agujeros de sus medias, medio deshilachadas por los días de encarcelamiento.

Sin embargo, una vez se ha iniciado la bonanza londinense, Eusebio tiene que superar por sí mismo los embelecos seductores de bellas jóvenes. Cuando Eusebio, Hardyl y Bridge viajan a Telton para interesarse por la suerte de su criado Taydor, son hospedados y agasajados por Juan Howen, un rico aldeano, enemigo de la sujeción y de las ceremonias. Tan rancia sinceridad y franqueza comienza a cansar a sus huéspedes, pero al ser requeridos para cenar, advierten con sorpresa la compañía de la mujer de Howen y de «tres doncellas coronadas de flores y muy aseadas, llevando cada una un plato, que pusieron sobre la mesa. Los huéspedes quedaron atónitos de aquella galante sorpresa, y mucho más de la delicada hermosura de aquellas doncellas, que a Eusebio le parecieron las tres gracias»²². La admiración hacia Susana, la menor, pronto se convierte en punzada amorosa y deseo para el joven²³.

El motivo de las tres gracias abre la novela a la tentación amorosa, ya que en el momento en que Susana sirve el vino, sus almas se encuentran en una larga, ardiente y afectuosa mirada. Ella derrama el vino por los suelos y Euse-

²⁰ *Ibidem*, pág. 378.

²¹ *Ibidem*, pág. 384.

²² *Ibidem*, pág. 462.

²³ «Eusebio callaba y miraba con atención afectuosa, especialmente a la menor de las tres hermanas, en la cual le parecía descubrir alguna semejanza de Leocadia. El amor no podía tomar mejor máscara para empeñar el corazón de Eusebio y asaltarlo cuando menos lo pensaba. Las miradas de entrambos se encontraban frecuentemente, y algunas de ellas con declarado afecto que el amor exprime insensiblemente y, tal vez, sin advertirlo» (*ibidem*, pág. 463).

bio va perdiendo progresivamente la contención, pues, cuando la muchacha se sienta a su lado, el joven se complace en una dulce palpitación que trastorna los sentidos; sin ser vistos por los presentes, ambos enlazan sus manos e imprimen el poderío de su inflamada pasión. El mismo huracán de los sentidos vuelve a desatarse en el momento en que se retiran a descansar; Susana le dice con ternura: «Dormid bien, sir Eusebio, os lo deseo»; y él sólo sabe responder: «¡Oh, dulce amor mío!»²⁴. Esa misma noche Eusebio tuvo que escuchar las duras palabras de Hardyl, recordándole la promesa con Leocadia, pero su enardecida fantasía volvía a cebarse en el recuerdo de Susana, en su gracia, en sus movimientos, gestos y miradas. Todos los lances de aquella velada —el derramamiento del vino, el ofrecimiento del asiento, el apretón de manos, los suspiros ardientes, la salida repentina y la sagaz espera en la escalera— volvieron a su corazón, de manera que el descanso le era dificultoso «y duro campo de batalla el lecho», como dice Garcilaso en el soneto XVIII.

Las tres mensajeras de Venus, representadas magistralmente por Sandro Botticelli en *La primavera* y cargadas de sensualidad y morbidez en *Las tres gracias* de Rubens, abren la imaginación de Eusebio al ensueño erótico y la pulsión del deseo. Sin embargo, el dilema amoroso se transforma en un torrente de lágrimas y violentos sollozos nocturnos que despiertan a Hardyl. El bisoño amator desahoga sus sentimientos y confiesa su vergüenza, mientras que el preceptor le vuelve a remarcar, una vez más, los funestos efectos del amor y los engañosos halagos del sexo. Hardyl evoca las ficciones de Homero, tantas veces infravaloradas por los enamorados, para subrayar la facilidad con que el hombre sucumbe ante los escollos de la seducción²⁵. Para no caer en las trampas de la dulzura o en las redes de las hechicerías amorosas, lo primero es tapar el oído al canto de las sirenas, y después, luchar, resistir y porfiar hasta sofocar la concupiscencia; sólo así se logra enfriar el funesto ardor. Hardyl le recuerda a Eusebio la fidelidad debida a Leocadia y le advierte que él no es un necio libertino y que, por tanto, debe estar preparado para esquivar otros lances tal vez más peligrosos. ¿Qué debe hacer el que no quiere ser arrastrado por el incendio de las pasiones? La respuesta es concluyente cuando de predicar la continencia a los jóvenes se trata: «Cortarla [la pasión] en sus principios, alejarla de sí y armarse de la modestia, de la circunspección, del temor y del recato»²⁶. De esta manera, el joven adoctrinado en la virtud aparta sus ojos de la copa de Circe,

²⁴ *Ibidem*, pág. 469.

²⁵ «[...] salfais del puerto, aunque provisto de ciencia y de conocimiento, para navegar por el gran mundo; pero, al primer vuelo habéis dado con Calipso. ¿Por ventura será bastante este escarmiento para evitar el canto de las sirenas y los engaños de Circe?» (*ibidem*, pág. 473).

²⁶ *Ibidem*, pág. 476.

mide las consecuencias, se abroquela con el recato, frena los halagos de la belleza y levanta su ánimo en las alas de la moderación²⁷.

El bombardeo doctrinario es de tal magnitud que a la mañana siguiente el «pobre» Eusebio reprime su manifiesta inclinación y se comporta con el freno de la más absoluta sobriedad. A la hora de despedirse siente una congojosa palpitación, pero su cortesía y austeridad se imponen: el sermón de Hardyl había lacrado su alma tierna y sensible. La imagen maliciosa de Susana todavía aguijoneará su imaginación en el viaje de regreso a Londres, pero él tratará de evadirse con la memoria de Leocadia.

Esta experiencia personal servirá a Eusebio para convertirse en educador de un joven y alocado libertino. La última circunstancia de perversión en Inglaterra tiene como protagonista a lord Hams..., el hermano de lady Bridge, que disfruta de buena amistad con Eusebio. Los dos jóvenes llegan felizmente a Berkshire, cerca de los sitios reales de Windsor, para disfrutar de la caza. La feracidad del terreno, con sus frondosísimas alamedas y prados extensos, actúa como un delicioso bálsamo ante cuya vista las pasiones quedan suspendidas y sólo la ternura y la sensibilidad hacen viva impresión en Eusebio. El recuerdo de Leocadia, junto a las obras de Séneca que había comprado en Londres y la traducción de los poetas griegos y latinos, ocupa el tiempo que no dedica a la caza. Al cabo de quince días gozosos, en el momento en que persiguen a un corcillo, van a parar a una pequeña alquería del lord; allí conocen a la joven sobrina del arrendatario, Felipe Street, a la que hace poco enviaron sus padres desde Londres queriendo ocultarle la quiebra económica.

Lord Hams... es un juicioso caballero que entiende de filosofía y de letras, pero que pierde la cordura en cuanto observa el primoroso talle, las tersas facciones, la suave amabilidad y el fuego de los ojos negros de Nancy. En su papel de señor y propietario comienza a tratarla con despejo y atrevimiento, pues cree que la superioridad de rango le da toda clase de derechos y está resuelto a no retroceder. Por el contrario, Eusebio pondera la dulce y suave ternura por encima de la concupiscencia y recuerda el derecho de la joven para negarse rotundamente. El lord, cebado por su vista y pensamiento, comienza a perseguirla, por lo que la muchacha tiene que escapar a toda prisa.

²⁷ A lo lejos es posible escuchar los ecos de Séneca: «[...]si se quiere ir a la felicidad en compañía, que la virtud marche delante y el placer le acompañe y vaya junto a ella, como la sombra al cuerpo. Hacer de la virtud el más excelso de todos los bienes, una esclava del placer, es propio de un hombre incapaz de concebir nada grande. Que la virtud vaya la primera, que ella lleve el estandarte; no por eso tendremos menos el placer, pero seremos dueños y moderadores de él; nos hará ceder algo a sus súplicas, pero no nos impondrá nada. Pero los que han entregado el mando al placer carecen de uno y otro, pues pierden la virtud, y además no tienen placer, sino que el placer los tiene a ellos» (SÉNECA, *Sobre la felicidad*, versión y comentarios de Julián Marías, Madrid, Alianza, 1980, pág. 71).

El dilema del libertino se parece cada vez más al de los caballeros de las novelas de Richardson²⁸, singularmente desde que lord Hams... obliga a Nancy a leer una carta de su madre en la que descubre la ruinosa situación de la familia; la desdichada mujer explica que acaban de apresar a su marido y que, por ello, ruega a su hija que vuelva a Londres en compañía de su tío Felipe Street. El joven disoluto tiene ya su plan preconcebido y, aunque Eusebio le propone una solución basada en el matrimonio, él le escribe otra carta a la madre de Nancy ofreciéndose para sacar a su marido de la cárcel a cambio de que le conceda a su hija como concubina.

Apenas amanecido el día, lord Hams se levanta impaciente; apremiado por su pasión, decide entrar en el cuarto de Nancy para abusar de ella. Las lágrimas y los sollozos no disuaden al encendido señor, por lo que la humilde muchacha se refugia en la cocina con su tía. En el paseo matutino el lord se sincera con Eusebio: «Esa Nancy me tiene fuera de mí. No esperaba encontrar tan fiera resistencia, veremos lo que me dice la madre»²⁹. Eusebio, a continuación, le sugiere que tal vez Nancy no lo desecha con fiero despego sino que lo ama en medio de su aparente desdén; la mejor alternativa es la del matrimonio, ya que la virtud y la hermosura, cuando están perfectamente ensambladas, pueden dar lustre a la más antigua nobleza. Entonces ven a un jinete que trae la respuesta de la madre a miss Nancy Tomson; el lord —como ya hiciera el conde de Belfort— se apropia de la carta y la lectura le produce una súbita revolución, pues la madre anima a su hija a resistir los embates de la desvergüenza y le asegura que al día siguiente se presentará allí para arrancarla de las garras del libertino. El lenguaje del sentimiento, hábilmente hilvanado con exclamaciones, interrogaciones, lágrimas y espantos, provoca la conmoción: «Eusebio se la entrega y el lord se pone a leerla otra vez [...], y después de haberla leído, caminaba silencioso, meditativo y como fuera de sí, notando Eusebio el manifiesto trastorno de sus sentidos»³⁰. Como se habrá podido observar, la peripecia de Nancy es casi similar a la de Pamela, la famosa criada que resiste las pretensiones del señorito. La firmeza en la virtud, sazónada con abundantes lágrimas, candidez y delicada sensibilidad, alcanza la recompensa gracias a que, en una y otra novela, los jóvenes libertinos acaban atrapados en la lectura indiscreta de las cartas ajenas, lo que provoca la transformación de la clemencia en fascinación amorosa y aceptación del modelo matrimonial.

²⁸ Eterio Pajares ya lo había señalado en el artículo «Influencias de la narrativa lacrimosa inglesa en *Eusebio y Eudoxia* de Montengón», *Bulletin Hispanique*, 93 (1991), pp. 353-364.

²⁹ *Eusebio*, pág. 520.

³⁰ *Ibidem*, pág. 523.

Seguidamente el lord encuentra a la muchacha en un humilde establo y arrodillado promete el himeneo en presencia de Eusebio y Felipe Street. Nancy tiembla creyendo que el lord va con malas intenciones, y sólo acepta el casamiento cuando llega su madre y la anima a guiarse por su voluntad. Sin duda, la gloria del amor sacrosanto todo lo purifica:

El contento, el alborozo de los presentes y desposados se exhala en tierno llanto, como la demostración más pura del verdadero júbilo del corazón; y la virtud abrazada con el santo himeneo, sonriéndose en el aire con la divina modestia, recibió en su seno celestial los votos de los felices desposados, revistiendo aquel infeliz establo del esplendoroso decoro de su adorable majestad y presencia, en cuyo cotejo es vil el resplandor del oro que brilla en los soberbios palacios de los grandes, que no por eso destierra de sus techos los disgustos de un ambicioso y los caprichosos desvíos y desazones de los interesados y vanos casamientos³¹.

Felizmente, sin la pompa y el pesado lujo con que se manifiestan la ambición o la vanidad, se celebra la recepción en la granja de lord Hams... Previamente el respetable señor ha despachado a un criado suyo a Londres para que en su nombre salga fiador de las deudas del padre de Nancy y lo saque de la cárcel. Eusebio disfruta más que nadie con los festejos del matrimonio y con el éxito de la virtud femenina. El triunfo del amor sobre los impulsos perversos, la memoria de sus consejos y la sutil contribución a la resolución del conflicto complacen tal alborozo. Lady Bridge se sorprende de la determinación de su hermano, pero la comprende al conocer las prendas personales de Nancy y al saber que Eusebio era el que más había contribuido para transformar la persecución lasciva, propia del más rematado libertino, en el más honesto amor.

En los seis meses de estancia en Inglaterra Eusebio ha mantenido contacto con diversidad de gentes y ha vivido de cerca episodios centrados en la obscenidad y el erotismo morboso. Gracias a las luces que promueven los viajes instructivos, Eusebio ha experimentado el súbito paso de la riqueza a la miseria, ha sentido la emoción voluptuosa y ha aprendido a manejarse en situaciones sentimentales inesperadas. La patria de Richardson y de los famosos libertinos novelescos ha sido el espacio idóneo para crecer en experiencias y en conocimientos, para iniciar el maduro tránsito hacia la sabiduría.

La inclusión de este episodio sentimental en el *Eusebio* de Montengón evidencia el nuevo gusto por los relatos de muchachas sensibles y sentimentales perseguidas por libertinos sin escrúpulos, en la conmoción que suscita la na-

³¹ *Ibidem*, pág. 530.

rración de desórdenes sentimentales, vejaciones y atropellos sobre débiles y sensibles criaturas, en las posibilidades de redención por medio del amor, en la pintura de las pasiones humanas y en el universo de las lágrimas, las cartas y los equívocos. En una palabra, en las nuevas posibilidades que ofrecía la novela, especialmente en los casos de *Pamela*, *Clarissa* y *Sir Charles Grandison*, para la exploración del alma humana, perdida en el laberinto de las tinieblas.